



## CANTO II

## LOS PRESAGIOS

I

Con un potro, un arnés y un escudero,  
Que el arzobispo al conde ha procurado,  
Libre hácia el claro Bétis va ligero,  
De intentos de venganza acompañado:  
Que el pensamiento siempre lisonjero,  
Nueva esperanza ofrece á su cuidado  
En deudos y en amigos, y no duda  
Que hallará en ellos importante ayuda.

II

Ya la incansable voladora Fama,  
A cuyos ojos nada oculta el mundo,  
Y cuya voz confusa se derrama  
Por cuanto cercan cielo y mar profundo;  
Del atrevido rey la amante llama,  
El agravio del conde furibundo,  
Y en el festin su arrojo infortunado,  
Ha por España toda publicado.

III

Y toda España (¡oh síntoma de muerte!)  
Burló tal vez de la aficcion paterna.  
¡Triste del pueblo, á quien su triste suerte  
Tanto á la infamia y corrupcion prosterna,  
Que necio rie y necio se divierte  
Con los vicios de aquel que lo gobierna,  
De un anciano en la faz al ver el lloro,  
Y ultraje torpe al femenil decoro!

IV

Del Bétis olivoso á la ribera  
El conde llega, y á Híspalis famosa,  
Y á su palacio, donde inquieto espera  
Sus gentes ver en turba numerosa;  
Pero una y otra luz pasa ligera,  
Y en soledad se mira congojosa,  
Y ni deudos, ni amigos, ni parciales  
Del alcázar penetran los umbrales.

V

¿Qué es esto?... ¿dónde están?... ¡desventurado!  
Hé aquí los hombres, Don Julian: advierte  
Cuál los que te cercaban fortunado,  
Huyen, cuando contraria ven tu suerte.  
Favor, gloria, poder te roba el hado;  
No hay ya de tí esperar, no hay ya temerte;  
Y cuantos por muy tuyos se vendieron,  
De tu fortuna, y no de tí lo fueron.

VI

Aunque el desaire advierte, su venganza  
Le inspira disimulo: con presteza  
Convoca, aún alentado de esperanza,  
De Híspalis y Vandalia á la nobleza.  
Mas pronto en tierra ve su confianza;  
Cobarde abatimiento, vil baja,  
Degradacion, infamia, vicios, dolo,  
Esclavos sin pudor hallando sólo.

VII

Gime el padre infeliz, y su hondo pecho,  
Ya espantoso volcan, rabia respira;  
Y temblando de horror y de despecho,  
Así ronco exclamó y ardiendo en ira:  
«¡Patria infeliz!... tus hijos ¿qué se han hecho?...  
¿Dó están?... ¿dó están?... son estos que aquí mira  
Mi indignacion, esclavos de Rodrigo?...  
Si estos tus hijos son, yo te maldigo.»

VIII

Al atroz frenesí que su alma irrita,  
Su alcázar abandona, á Híspalis deja,  
En caballo veloz salta, y le agita,  
Y los ijares con furor le aqueja,  
Y en busca de la mar se precipita;  
Pues su rencor ardiente le aconseja  
De Hesperia huir, para buscar el modo  
De exterminar al rey y al pueblo goda.

IX

Llega al último término de España,  
A las costas que el mar sañudo azota,  
Y en las arenas que hervoroso baña,  
El potro deja, que cansado trota,  
Tiende la vista á la húmeda campaña,  
Y una pequeña barca, no remota  
Amarrada descubre en la ribera,  
Entre las algas y la espuma fiera.

X

Comenzaba la noche, ronco el viento  
En nubes oscurísimas bramaba;  
El mar con sordo són y movimiento  
Espantosa borrasca presagiaba;  
Mas no desiste el conde de su intento,  
Y arrojarle á las ondas sólo ansiaba;  
Tanto le era la patria aborrecible:  
¡Ay del que llega á estado tan terrible!

XI

Era el batel de humildes pescadores,  
Que en un chozo inmediato se acogian,  
Cuando del mar horrendo los furores  
El sustento buscar les impedian.  
De la hoguera los rojos resplandores,  
A que las pobres redes recorrian,  
Llamaron la atencion del conde fiero,  
Y al albergue infeliz marchó ligero.

XII

Halla á los pescadores, que asustados  
De su aspecto temblaron pavoroso;  
Y mándales audaz, que apresurados  
Aprestando la barca, al proceloso  
Mar se entreguen, y á climas apartados  
Le conduzcan al punto. El peligroso  
Aspecto de las ondas y los vientos  
Muéstranle, que es contrario á sus intentos.

XIII

Pero empuñando la fulmínea espada,  
Obedecer sin replicar ordena.  
Van á la barca, que aunque está amarrada,  
La resaca la arrastra por la arena.  
Era horrenda la noche, contrastada  
Del hervoroso mar la playa truena,  
La atmósfera se envuelve en negra bruma,  
Silba ronco huracan, brama la espuma.

XIV

Otra vez, «¡ay, señor, que nos perdemos!»  
Dícele con pavor la pobre gente;  
Y otra vez Don Julian, haciendo extremos,  
«Al mar, al mar,» les grita broncamente.  
Izan la entena, pues, mueven los remos,  
La frágil barca los embates siente,  
Cércala espesa niebla, y ciego el conde  
Huye de España sin saber á dónde.

## XV

¿Y Florinda? ¿y Rodrigo?... ¡infortunados!  
Ámanse cual jamás por desventura;  
Abismo son sus pechos desdichados,  
Volcan sus almas, su pasión locura;  
Y á infortunios y horrores entregados,  
Luchan, cual frágil nave en noche oscura,  
Contra ásperos bajíos, azotada  
Del huracán y de la mar hinchada.

## XVI

Sienten inexorable á toda hora,  
Que sus entrañas míseras aprieta  
Una mano de hierro abrasadora,  
Que arterias y pulmones les sujeta;  
Y que sus corazones vengadora  
Punza invisible bárbara saeta:  
Respirar quieren, y les huye el aura,  
Que cuanto vive, plácida restaura.

## XVII

Anhelante Rodrigo y pavoroso,  
Y tal vez inducido y acosado  
De superior impulso misterioso,  
Por tenerlo ya el cielo decretado;  
Su horrendo afán, su estado desastroso  
Y las desdichas que aún le guarda el hado,  
Consultar con Ruben ansioso anhela,  
Y en busca suya corre y se desvela.

## XVIII

Desparecido de la corte había  
Desde el festín infausto el docto anciano,  
Y que escondido estaba, se decía,  
Consultando los libros del arcano,  
En un antiguo alcázar, que existía  
De luengos siglos en mitad de un llano  
Inmediato á los muros de Toledo,  
Inspirando su mole pasmo y miedo.

## XIX

Era pública fama, que encantado  
De asombros y prodigios lleno estaba;  
Del curso de los tiempos injuriado,  
Horrible aspecto aterrador mostraba;  
De zarzales y arenas rodeado,  
Nadie acercarse á su contorno osaba;  
De él huían ganados y vaqueros,  
Y tornaban la faz los pasajeros.

## XX

Contábase que acaso en la sombría  
Noche salían de él largos gemidos,  
Y de horrenda batalla desastrosa  
El rumor de las armas y alaridos.  
Y que si con la niebla tenebrosa  
Iban por desventura hácia él perdidos  
Viajeros ó pastores, no volvían,  
Y en sempiterno olvido se escondían.

## XXI

Confusa tradición el ignorante  
Vulgo guardaba de que aquella fuera  
Mansion de antiguo sabio nigromante,  
Donde grandes tesoros escondiera.  
Otros aseguraban ser constante,  
Que tal encanto en el palacio hubiera,  
Que el que pudiera deshacerlo un día,  
Nombre, aunque infausto, eterno lograría.

## XXII

En él se hallaba pues el docto hebreo;  
Y Rodrigo arrastrado por su estrella,  
Arde de consultarle en el deseo,  
Y ya los campos inmediatos huella.  
La blanca luna el resplandor febeo,  
Húmeda y silenciosa, sola y bella,  
Derramaba apacible en la llanura,  
Reinando de los cielos en la altura.

## XXIII

Su luz resbala por el pardo muro  
Del inmenso edificio pavoroso,  
Que en parte viste hiedra y musgo oscuro,  
Que en parte desconchado está y ruinoso.  
Almenas le ha robado el tiempo duro,  
En donde grita el cárabo medroso,  
Y leve niebla ciñe blanquecina  
La atalaya, que altísima domina.

## XXIV

Alza los ojos y la faz turbada  
Mudo el monarca, y la alta mole mira,  
Y queda yerto, y con el alma helada,  
Y su pecho oprimido no respira.  
No osa mover la planta, que asustada  
Sólo á retroceder temblando aspira;  
Mas prosigue, que el punto era llegado  
Por el cielo inmutable decretado.

## XXV

Penetra los espesos matorrales,  
Que en torno borran el camino y foso:  
El puente, que há mil años las mortales  
Plantas no osan pasar, huella medroso.  
Los maderos podridos y puntales,  
Con su peso cimbrando, rechinoso  
Ruido forman: llega á la ancha puerta,  
Y el pié á estampar en el umbral no acierta.

## XXVI

Resuelto pulsa la mohosa aldaba,  
Mas de súbito espanto poseído,  
La suelta, y hácia atrás se retiraba,  
Una vez y otra vez despavorido.  
Al fin (que su destino lo arrastraba)  
Da un golpe á su pesar, que repetido  
Por patios y ruinosos corredores,  
Retumba en largos ecos bramadores.

## XXVII

Ya la altísima puerta se estremece,  
Y se abre lenta con fragor tremendo:  
Oscuro el ancho pórtico aparece  
Inhabitado y en silencio horrendo:  
Por las junturas de las losas crece  
Inculto yerba, frío verdín cubriendo  
Gradas de roto mármol; y aunque espanta  
Su vista, el rey á hollarlas se adelanta.

## XXVIII

Cuando el sabio Ruben, el docto anciano,  
De amarillez y de dolor cubierto,  
Y una pálida antorcha en la una mano,  
Sale para atajar su paso incierto,  
Y «¿á dónde, oh ciego rey, corres insano?  
Le dice entre gemidos; ¿dó inexperto  
Mueves la planta audaz? ¡Ay! que camina  
A hallar tu fin, de España la ruina.

## XXIX

»Huye, infeliz.»—Mas pálido el monarca,  
«No, exclama, no, que á consultarte vengo,  
Y en tu saber, que cielo y tierra abarca,  
Cifrada sólo mi esperanza tengo.  
Consuela mi afán, ó que la Parca  
Esta vida tremenda que mantengo,  
Siegue piadosa, y cesen mis delirios,  
Y mis remordimientos y martirios.»—

## XXX

«¡Desdichado! responde el docto hebreo:  
Mis labios sella el áspero destino,  
Que potente se opone á tu deseo.  
Respetar humilde su querer divino:  
Nada puedo decirte; y cuando veo  
Cercano ¡ay Dios! el fin de tu camino,  
Que revelarlo y que salvarte pueda,  
La fuerza de los astros me lo veda.

## XXXI

»¡Ay! Mas huye... No pierdas ni un momento,  
Que el de la perdición está inminente.»  
Rodrigo, en espantoso desaliento,  
Por fuerza oculta detener se siente.  
Vuelve el mágico á instarle, cuando el viento  
Retumba con los sonos de repente  
De una campana del torreón, que había  
Siglos que nadie resonar oía.

## XXXII

A cuyo áspero horrisono tañido  
El virtuoso Ruben desconcertado,  
«Ya no hay reparación, dando un gemido  
Exclama, no, que el término es llegado.  
Entra, si estás de esfuerzo apercebido:  
Toma esta antorcha, y un arcon cerrado,  
Que encontrarás, descubre: en él tu suerte:  
La mía es bajar al reino de la muerte.»

## XXXIII

Despareció Ruben: Rodrigo helado  
Tiembla, y por mano oculta irresistible  
Para retroceder se halla atajado,  
Entre las sombras y el silencio horrible;  
Y ya, del mismo miedo arrebatado,  
Resuélvese á apurar su hado terrible;  
Que desesperación suele y denuedo,  
En apuro final, tornarse el miedo.

## XXXIV

Ábrense con fragor antiguas puertas,  
Y el rey pasa atrevido los umbrales;  
Formando sombras con la antorcha inciertas  
Columnas y arruinados barandales.  
Arcadas atraviesa descubiertas,  
Patios llenos de lodo y matorrales:  
Sobre quebradas losas se acelera,  
Y hállase en la magnífica escalera.

## XXXV

Mansa, de mármol negro y ancha asciende,  
De polvo, do estampada no ve huella,  
Cubierta toda. Osado el paso tiende  
Por una y otra de las gradas de ella:  
En lo alto un largo corredor se extiende,  
Y por atravesarlo se atropella;  
Y en la anchurosa cuadra entra temblando,  
Y atónico su espacio registrando.

## XXXVI

El artesón altísimo aparece  
De espectros y de sombras habitado.  
De oro y mármol el muro le parece,  
Pero uno muerto, y otro deslustrado;  
Y en medio de la sala se le ofrece,  
Del polvo de la edad entapizado,  
Un ancho arcon de cedro carcomido,  
Y de mohosas barras guarnecido.

## XXXVII

Se acerca yerto, frío, palpitante,  
Y la fuerza del astro que le inclina,  
Presta á sus brazos el vigor bastante,  
Y el arca á descubrir se determina.  
Ya la pesada tapa alza anhelante,  
Que en los gonces tardísimos rechina;  
Y del oscuro seno alzada apena,  
Con són de nube que inflamada truena,

## XXXVIII

Entre humo denso y llama aterradora,  
Cual es la de las iras del Eterno,  
Fantasma colosal, reina y señora  
De los vicios que aborta el hondo averno,  
Alzase; y á Rodrigo vengadora  
Se acerca, con sonrisa del infierno,  
Y esgrimiendo un buril de brasa ardiente,  
*Exterminio* grabó sobre su frente.

## XXXIX

Y largo estruendo, horrendo resonando,  
Cual le oyó el orbe nuevo al alarido  
De Leviatan y de su horrible bando,  
Por la alta diestra de Miguel vencido;  
O cual lo escuchará cuando temblando  
Vuelva á ser nada, y del Criador olvidado;  
El encantado alcázar se estremece,  
Y como polvo y humo desaparece.

## XL

Hállase el rey en la mitad de un llano,  
Do descuellan sepulcros suntuosos,  
Que de voraz incendio no lejano  
Alumbran resplandores espantosos.  
Torna absorto la faz, y el toledano  
Muro, y sus altos templos, y famosos  
Palacios reconoce, que en horrendo  
Fuego desolador están ardiendo.

## XLI

Y siente que sus plantas humedece  
Sangre, que empapa cálida la tierra;  
Y que hácia el Sur retumba, y sordo crece  
Clamor de trompas y rumor de guerra;  
Y ve que á todos lados se aparece,  
Inundando llanura, monte y sierra,  
Tropel innumerable de escuadrones  
De extrañas y fierisimas naciones.

## XLII

El exterminador ángel extiende  
Sus alas sobre ellos, y los guía  
Con la espada de Dios. Delante hiende  
Bramador huracan la niebla fría;  
Y en pos su espesa y negra sombra tiende  
La noche del error, donde la impía  
Esclavitud y la barbarie viven,  
Y á devorar al orbe se aperciben.

## XLIII

Quiere el mísero huir al acercarse  
La fiera multitud, mas de repente  
Ve las antiguas losas quebrantarse:  
Oye gemir las urnas sordamente;  
Y mira de sus senos levantarse,  
Ceñida aún de oro y de laurel la frente,  
Las sombras de sus ínclitos mayores,  
Clavando en él los ojos vengadores.

## XLIV

Y esconderse en la niebla vagarosa,  
Gimiendo y exclamando en roncos gritos:  
«Maldicion, maldicion para el que osa  
Nuestro sueño turbar con sus delitos,  
Hundiendo en noche horrenda y desastrosa  
Patria y honor, y sacrosantos ritos.»  
Más resistir el infeliz no pudo,  
Y vino al suelo desmayado y mudo.

## XLV

En él por largo tiempo ni aún respira,  
Casi cadáver insensible, helado;  
Y cuando en sí volvió, solo se mira,  
Tendido en medio del desierto prado.  
Atónico en reedor los ojos gira;  
Y no hallando el alcázar encantado (1),  
Ni rastro alguno de él, se alza y de miedo  
Ahogado el corazón, huye á Toledo.

## XLVI

—Florinda en tanto por la selva umbrosa,  
Que su palacio y su jardín cercaba,  
Como ni un punto la infeliz reposa,  
Con su querida Elvira paseaba;  
Y en inquieto silencio, congojosa,  
Con lloro amargo de dolor regaba  
Ambas mejillas, aunque mustias, bellas,  
Lamentando el rigor de las estrellas.

## XLVII

A un dulce pajarillo, que volando  
De árbol en árbol y de rama en rama,  
Melancólicos trinos gorjeando,  
Sus penas templa, y la atención le llama,  
Sigue embebida en el acento blando,  
Y en pos se enselva la afligida dama;  
Y sin notarlo, léjos los confines  
Deja de su palacio y sus jardines.

## XLVIII

Y hállase en un collado delicioso,  
Manso dominador de la ancha vega,  
Que el aurífero Tajo caudaloso  
Grato enriquece y apacible riega;  
Y do en chozas humildes al reposo  
Sencillo pueblo pastoril se entrega,  
De inocencia y candor acompañado,  
Y de sus fieles perros y ganado.

## XLIX

¡Oh, cuán hermosa, y pura, y refulgente  
Brilla la luna en el zafir del cielo,  
Rielando en la plácida corriente,  
Y aljofarando el esmaltado suelo!  
¡Qué bálsamo respira el fresco ambiente  
¡Qué silenciosa paz, cuánto consuelo  
Del mísero mortal presenta al alma  
El campo delicioso en noche calma!

(1) Al final de este poema están las notas que van señaladas con los guarismos correlativos.

## L

Y tú, apacible y regalado sueño,  
Consolador del mundo, tú que miras  
Con espantado y pavoroso ceño  
Las pasiones, y de ellas te retiras;  
¡Cuán suave, coronado de beleño,  
Con alas silenciosas mudo giras  
Por la fresca, adormida y ancha vega,  
Que á tu encanto dulcísimo se entrega!

## LI

Huyes de los soberbios artesones,  
Do brilla el oro en cimbras y en follajes;  
Huyes de los armados galeones,  
Y de los eminentes almenajes;  
Y buscas las pacíficas regiones,  
Donde chozas humildes de ramajes  
Albergan el candor y la inocencia,  
Y en ellas ejercitas tu influencia.

## LII

El orgulloso y bárbaro tirano,  
Que de púrpura y oro oprime el lecho,  
Tu dulce néctar solicita en vano,  
De recelo y pavor hendido el pecho.  
Ya ve la daga en sobornada mano,  
Ya el rayo vengador hendiendo el techo,  
Ya á impulso popular rotas y abiertas  
Cobardes guardias, reforzadas puertas.

## LIII

El que sigue feroz al duro Marte,  
Abrumado del peso de la malla,  
Temeroso procura desecharle  
Al rayo de Lucina en la muralla;  
Y el que del globo en la remota parte  
El oro busca y con la mar batalla,  
Si la codicia no, la voz del noto  
Le despierta ó el grito del piloto.

## LIV

Al sencillo pastor, tranquilo en tanto,  
Ni ambicion ni codicia le desvela,  
Ni odio le turba, ni le inquieta espanto,  
Ni envidia vil, ni pérdida cautela;  
Y desde que la noche tiende el manto,  
Hasta que el pajarillo canta y vuela  
Risueño saludando á el alba pura,  
Goza en tus brazos celestial dulzura.

## LV

El mágico poder obra en la dama  
Del feliz espectáculo que admira,  
Y el consuelo en sus venas se derrama,  
Con el aura inocente que respira.  
Siéntase, pues, sobre la fresca grama,  
La mano asiendo de su amada Elvira,  
Y en éxtasis, que templá sus dolores,  
Enjúganse sus ojos brilladores.

## LVI

Cuando oye de los perros vigilantes,  
Muestras de lealtad, fieles ladridos;  
Y á los rayos de Cintia rutilantes,  
Sobre yerbas y flores esparcidos,  
A un zagal (que con pasos anhelantes  
A uno de aquellos chozos reducidos  
Se acerca silencioso) ve la dama,  
Y su muda atención despierta y llama.

## LXVII

Y en seguida, de un rústico instrumento  
La blanda melodía resonando,  
Conmovió suave al adormido viento,  
Voz á la vega y á la noche dando;  
Y un delicioso enamorado acento  
A la par de la música sonando,  
Hijo de una pasión sencilla y pura,  
Así esparció á las auras su dulzura:

## LVIII

«Mi consuelo, mi dicha encantadora,  
Más linda que la flor del verde lino,  
Y más lozana que la fresca aurora,  
Que al sol siembra de rosas el camino;  
Dulce zagala, á quien mi pecho adora,  
Por mi feliz, dulcísimo destino:  
¡Ay, cuánto tarda el venidero día,  
Que anhelo pase, por llamarte mía!

## LIX

«¡Oh, cuán gallarda ante el altar sagrado  
Mañana á dar el premio á mis amores,  
Dirigirás el paso recatado,  
La sien ceñida de fragantes flores;  
Y de la rosa el brillo retratado  
En tu inocente faz, con los colores  
Del púdico rubor, tu mano tierna  
La dicha hará de tu pastor eterna!

## LX

«Más bella que la luz de hermoso día  
En el zafir del Tajo retratada,  
Es tu cándida frente, Alcina mía,  
Que parece azucena anacarada;  
Y el negro manto de la noche umbría  
No ostenta en primavera sosegada  
Lucero brillador, ni el mayor de ellos,  
Que se compare con tus ojos bellos.

## LXI

«¿Cómo Lauso sin tí vivir pudiera,  
Encanto, eterno bien del pecho mio,  
Más dulce á mi anhelar, que en la pradera  
Es el nuevo alcacel á mi cabrío?  
La vida sin tu amor, ¿qué me sirviera,  
Dueño de mi existencia y mi albedrío?  
Sólo á adorarte el hado me destina,  
Para amarte nací, gallarda Alcina.

## LXII

«¡Ah! ¡cuán dichosos por la selva y prados  
Al rojo amanecer los dos saldremos,  
Confundidos en uno ambos ganados,  
Y los pintados riscos buscaremos;  
Y entre amores sabrosos, y envidiados  
Del cielo y de la tierra, pasaremos  
Días felices, horas placenteras,  
En estas dichosísimas riberas!

## LXIII

«¡Qué regalos tendrás del amor mio!...  
No brillará en la selva flor temprana,  
Que no adorne tu frente; cabe el río  
Conchas te cogeré cada mañana;  
Y en cuanto arrullen por el bosque umbrío,  
En la pompa del álamo lozana,  
Tórtolas blancas, tenderé mis redes;  
Y ya contarlas como tuyas puedes.

## LXIV

«Un cervatillo con la piel manchada  
De rojo y gris, y con el lomo pardo,  
Que encontré la otra siesta en la enramada,  
Para ofrecerlo á tu beldad, lo guardo.  
En el redil, do encierro mi manada,  
Custodiado lo tengo, y sólo aguardo  
A que pazca y que trisque: cuando sea  
Tuyo, Alcina, verás cuál te recrea.

## LXV

«Y en cuanto el sol su luz tienda en el llano,  
He de plantar (en sitio que encubierto  
Esté del soplo ardiente del solano,  
Y de la escarcha del invierno yerto)  
Un almendro, que pronto alce lozano  
Gallarda cima de verdor cubierto,  
Y acuerde en las tempranas primaveras  
Nuestras delicias del amor primeras.»—

## LXVI

Cesó la voz, y el eco sonoro  
Aún los últimos sonos repetía,  
Mientras ufano aquel pastor dichoso  
Con guirnaldas el tosco umbral vestía;  
Cuando por él saliendo el dueño hermoso,  
Que su llama honestísima encendía,  
Ternezas se dijeron con amores,  
Cuyo susurro resonó en las flores,

## LXVII

Tan inocente amor, dicha tan pura  
Compara á los abismos de su pecho  
Florinda, y el raudal de la amargura  
Hierve en su corazón, roto y deshecho:  
Que sólo el que es dichoso, la ventura  
De los demás contempla satisfecho;  
Pero ¡ay! al infeliz dichas ajenas  
La furia le redoblan de sus penas.

## LXVIII

Y con ojos que el llanto no humedece,  
Y que de aquellas chozas no retira,  
Mármol yerto la mísera parece,  
Reclinada en el seno de su Elvira;  
Hasta que recordando, se estremece,  
Rompe en ardientes lágrimas, suspira,  
Y prorrumpe con voz que conmoviera  
Al cielo, si piedad en él hubiera:

## LXIX

«¿Lo ves?... Lo ves?... ¡Oh ciego, injusto hado!  
¡Ay!... El amor los hace venturosos;  
El mismo amor, que tiene destrozado  
Mi pecho con tormentos espantosos.  
¿Por qué esta diferencia, cielo airado?  
Unos aman, y amando son dichosos,  
Y otros aman, y amando los confundes,  
Y en mar horrendo de dolor los hundes,

## LXX

«Como á mí, triste!... Cual si crimen fuera  
Verse mi corazón á amor sujeto,  
O del mortal en manos estuviera  
Elegir para amar hora y objeto.  
Todo lo rige la celeste esfera:  
Inevitable al hombre es su decreto:  
Si el cielo con pasiones nos hostiga,  
¿De qué delito luégo nos castiga?

## LXXI

«¿Es que en la corte y entre jaspes y oro  
Todo es maldad y horrores, y conserva  
El hado de sus dichas el tesoro  
Para las chozas de ramaje y yerba?  
¿Y por qué á mí infeliz á eterno lloro  
Me hizo á la luz nacer la suerte acerba  
En Toledo, en alcázares dorados,  
Y no en las selvas y apacibles prados?

## LXXII

«Alejémonos ¡ay! de estos lugares;  
Que tanta dicha me desgarró el alma,  
Y aún temo con mis horribidos pesares  
De esa mansion feliz turbar la calma.»  
Dijo, y á los etéreos lumináres  
Alzó una y otra sudorosa palma,  
Llenas de llanto las mejillas bellas,  
Como favor pidiendo á las estrellas.

## LXXIII

Apoyada levántase en su Elvira,  
Y volviendo los ojos de la vega,  
Angustiada á su alcázar se retira,  
Y ya á los bosques inmediatos llega.  
Advierte en ellos que á lo léjos gira,  
Con paso incierto entre la sombra ciega,  
Un silencioso bulto, que la espanta,  
Y lanza un grito, sin mover la planta.

## LXXIV

A cuyo acento viene presuroso  
Aquel objeto que su horror motiva;  
Quiere Florinda huir, y en el herboso  
Suelo su propio asombro la derriba;  
Cuando halla que es Rodrigo, que anheloso,  
Yerto el cabello, helada la expresiva  
Frente, los ojos secos y espantados,  
Sostiénela con brazos desmayados.